

morarse Marte de la hermosura de Angélica, se ve cuan poderosa es la sensualidad en los que no huyen las ocasiones.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

ARGUMENTO. Encuentra Orlando á Garilo sobre su caballo, vale siguiendo hasta un castillo, donde se le hace fuerte. Quiere el francés ponerle fuego, y el catalán lo estorba con un nuevo engaño. Al fin entra dentro, y cobra sus armas. Garilo se le esconde en la tienda de un alquimista, que le cuenta la sutil novela del engaño, y Garilo despues roba al alquimista el famoso anillo de Angélica la bella. Malgesi levanta con sus conjuros su navio volando por el viento, llevando dentro de él á Reynaldos, Morgante y Orimandro, á los cuales en un admirable discurso va mostrando toda la hermosura de Europa.

¡Oh nuevo y dulce sueño, ó claro indicio
De la armonía que el autor del cielo
En el humano célebre edificio
Por imagen trazó de su modelo!
La gran suma de cosas que al oficio
Del pensamiento dan ayuda y vuelo,
Aquel no sosegar con su armonía
El reloj de la libre fantasía:

Aquella interior luz que repartida
En espíritus libres arde y vuela
Por el celebro casa de la vida
En inmortal cuidado y centinela:
La humedad en sus celdas recogida
Que secretos altísimos revela,
La razon, la memoria, el movimiento
Del inquieto y libre pensamiento:

Buscando de reposo un breve rato
El dulce sueño hallé, y ahora fuese
La masa de grandezas que aquí trato
Que al silencio del alma se atreviese,
O de la diosa Temis el retrato,
Que acabé de pintar, se revolviere
De mi ceñida frente en las cavernas,
De especies llenas y humedades tiernas.

Sea al fin sueño, antojo, ó fantasía,
En aquel breve rato de reposo,
Que el silencio por suyo me tenía,
En agüero feliz y hado dichoso,
Una beldad, que como el sol al día
Alumbra al mundo sobre un carro hermoso,
Vi de pomposos grifos, que en sonoro
Aliento gimen en sus yugos de oro.

Y á un altivo collado en que me hallaba
Cogiendo á tienta de sus faldas flores,
Ella que por las nubes volteaba
Su carroza y caballos voladores,
Las riendas de oro que en su furia brava
Templar suelen del curso los furiosos,
A mí las vuelve, y ¡salve el cielo, dijo,
Los nobles pensamientos de tal hijo.

¡Oh cómo se gastó del primer mundo
El ansia de saber, quedando hecho
Teatro de ignorantes el segundo,
Sin gusto en él ni antojo de provecho!
¿Quién sabe de su alma en lo profundo
Amar á la virtud? ¿quién tiene el pecho
No lleno de altivez y vanidades,
Mas de hambrienta codicia de verdades?

¿Quién no debía llevarse al vuelo extraño
De una ambición que el ánimo embriaga?
¿Y vuelto en el sentido, y el tamaño
Coloso hasta su mismo ser se traga?
¿A quién de la avaricia el corto paño
Con humildes propósitos no estraga,
Sujetando de un logro al vil renombre
La soberana magestad del hombre?

Todo lo mas del mundo, el labio puesto
Tiene al engaño en su dorada taza;

¡Loca embriaguez! pues la virtud tras desto,
Ni hace ni osa de sus gustos plaza:
Del sabio, el noble, el casto, del modesto,
Y del que á sola la virtud se abraza,
Un necio burla, si á un adarme llega
La pobre plata que en su cofre allega.

Mas tú, ó espíritu noble, que aunque fuerzas
Te falten, no han faltado los deseos
De seguir la virtud, en quien refuerzas
A tu inmortalidad nuevos trofeos,
No vuelvas el pié atrás, ni el paso tuerzas,
Por mas que con locura y devaneos
Los ignorantes griten, que ellos solos
Las musas son del mundo, y los Apolos.

Y porque en feliz curso la jornada
De tu española monarquía acabes,
Y tu heroica grandeza comenzada
De historias llenas y sentencias graves;
Conmigo ven, que estoy determinada,
Al vuelo de mi carro y de sus aves,
Mostrarte para luz de tu escritura
Clara una senda, en estos dias obscura.»

Dijo, y en la carroza, que era hecha
De oro, cristal y rica pedrería,
Subir me manda, y por la via estrecha
La vuelta dió á donde nace el día:
¡Estrañó caso! ¡pero qué aprovecha!
¿Si lo que ahora aquí, y entonces via,
Por hoy el mundo y yo lo hemos dejado,
El por ocioso, y yo por ocupado?

Vi el cielo, vi la tierra, vi el profundo
Mar con puntas y playas diferentes,
Y entre el primero golfo y el segundo,
Montes, selvas, ciudades, rios y fuentes;
Y vuelto un nuevo Tritolemo al mundo,
No sé que iba sembrando entre las gentes
O eran perlas ó flores que cogia,
Cuando la diosa hácia mí venia.

Mas ahora de la densa nube obscura
Flores sembrase, ó fruta, espino, ó rosas,
No sé mas de que en dulce paz segura
Mil gentes me miraban cuidadosas:
Uno asombrado de la humilde altura,
Otro con nuevo escrúpulo en mis cosas,
Teniendo aquel volar por aciago,
Y á mí por nuevo encantador ó mago.

Otros llamaban vano mi trabajo,
Y el sembrar por el aire desacuerdo,
Yo caminando por tan noble atajo
Sin responderles nada hacia del cuerdo:
Si eran perlas de ley, ó aljófar bajo,
Ya no me acuerdo bien, solo me acuerdo,
Que unos al toque las hallaban sanas,
Y que otros las dejaban caer por vanas.

Y yo encima del aire levitando
Debajo via de mí los altos montes,
Bien que no sin temor, y con cuidado
De que no tenga el mundo dos Faetones:
Y en deleitoso vuelo, aunque soñado,
Temples mudando, climas y horizontes,
Cerqué la tierra, y con feliz agüero
Me ensayé en este curso al venidero.

Quando el ruido y voces de la gente,
Que al oír mi nueva voz iba llegando,
¡Oh cielos, qué disgusto! de repente
Triste me arrebató del sueño blando:
Y volviendo en mí acuerdo ví presente
Desarmado y á pié al valiente Orlando,
Que en los bostezos y el color difunto
El tambien despertaba en aquel punto.

En la majada de un pastor serrano
Al fresco viento le dejé dormido,
Contemplando en el cielo soberano
Las vueltas con que el mundo da ceñido;
Y en el pajizo lecho del villano,

Que aun verle dormir está encogido
Temiendo su braveza, entre las flores
El alba le salió de mil colores.

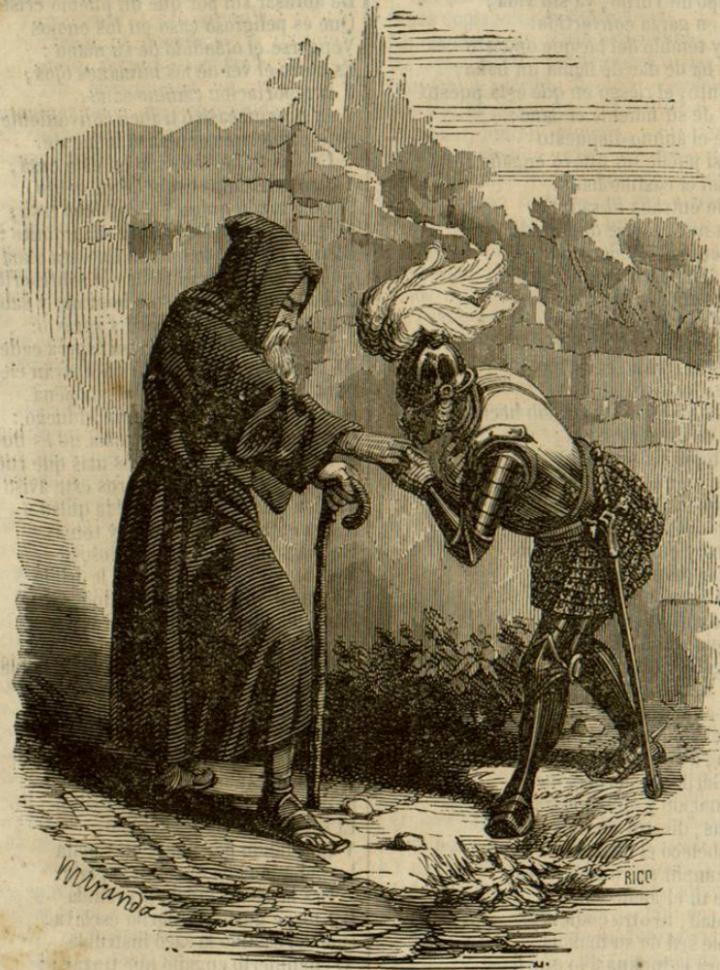
El carro de oro al fin de su camino
Ya con la luz llegaba amortiguada,
Y en el suyo el cansado peregrino
Del rocío la esclavina aljofarada:
Su gastado tizon de seco pino
De la mano arrojaba fatigada,
Y la presencia del cercano día
De mil centellas una lumbre hacia:

Quando el francés caudillo el pobre lecho,
Y el encogido huésped receloso,
Con agradable estilo satisfecho,
En su antiguo dejó y primer reposo,
Y el camino á poblado mas derecho
Encaminado del tomó furioso,

Jurando de vengarse de Garilo,
Aunque se esconda donde nace el Nilo.

Ya el sol por el zenit de oro subia
A la mas alta cumbre de su esfera;
En peso, y en nivel poniendo el día,
Y á su luz dando hermosa rueda entera
Quando atajar la senda que traia
Un claro arroyo vió, y en su ribera
Un caballero, que á pasar la siesta
Con sombras le convida la floresta.

Conoció en verlo su caballo el conde,
Sus armas, y el ladron que las traia;
No así manchada tigre salta á donde
El hijo halla que perdido habia,
Ni el rio que entre peñascos se le esconde
Con su furia atajó la en que venia,
Cual la otra orilla de un ligero salto



Señor se hizo del lugar mas alto.
Mas no se vió salir al campo raso
Ligera liebre de ventor sentida
Con mas desenvoltura y presto paso
De á donde el miedo la halló escondida,
Ni enjuto galgo en semejante caso
Mostró mas codiciosa arremetida,
Que el uno en el huir sobre el caballo,
Y el otro en el deseo de alcanzallo.
Furia de aceda cólera espolea

Al ofendido conde, á su enemigo
Temor, que el flojo Brilladoro sea
Culpa en su mal, verdugo en su castigo:
Por aquí huye, por allí rodea,
Hasta el castillo de un gascon amigo,
Donde al entrar cerró la estrecha puerta,
Que es grave el riesgo de quedarse abierta.
Llegó Roldan tras él, y en las almenas,
Para mas le aumentar rabia y coraje,
De los consortes de Garilo llenas,

Con duras piedras le hacen hospedaje :
Así llovidas en monton, que apenas
El riesgo fue menor que no el ultraje,
Obligándole en pasos descompuestos
Su persona humillar á mudar puestos.

Brama furioso, y quiere en ira ardiente
Al cobarde escuadron encastillado
Darlo en venganza al deshonor presente
En fuego de su cólera abrasado :
De un bosque antiguo la encrespada frente
Cien nudosas encinas le ha prestado,
Para hacer aquel albergue injusto
Inmortal luminaria de su gusto:

Nunca el que á Polifemno dejó ciego
Para abrasar el Ilión troyano
Mas pinos tuvo, cuando al campo griego
Leña ofrecía y llamas de su mano :
Ni á tantos cedros juntos puso fuego
Eneas en el fuego italiano,
Cuando al campo de Turno, ya sin vida,
Dejó su patria en garza convertida.

Vió Garilo, y tembló del bosque opuesto
Que á su gruta ha de dar de llama un baño,
Y si arde el monte, el riesgo en que está puesto
El y su casa, y de su mueble el daño;
Y á todo trance el ánimo dispuesto
Tentar quiere si puede un nuevo engaño :
Cierta postigo en el castillo habia
Por donde nadie entraba ni salia.

Por este, en nuevo traje disfrazado,
Con mustio aliento el catalán caudillo
La vuelta dió, al amparo de un collado
Que las espaldas guarda del castillo :
Y en débil paso, y rostro desmayado
De miedo, ó de perfumes amarillo,
Dándole otro ladron para el engaño
Un hábito prestado de ermitaño.

De una gruesa maroma un cordon hecho,
Ceñido un saco de grosera sarga,
Unos graves antojos sin provecho,
Y un basto pino en que se agovia y carga :
Prolija barba, que al hundido pecho
Por mas fingida autoridad se alarga,
Ancho sombrero y cuentas sonadoras,
Y al fingido rezar pausas sonoras.

Así el sagaz Ulises de la cueva
Del ciclope salió disimulado,
Y en piel de oveja con figura nueva
Pasó el astuto griego disfrazado,
Dejando que le tienta, y haga prueba
Si es él, ó sino es él quien le ha cegado,
Metiéndose atrevido entre los brazos,
Que le hicieran, á ver quién es, pedazos.

Era el falso Garilo en sus acciones
De astuta inclinacion y ánimo extraño,
Vivo en palabras, diestro en ilusiones,
Y el fingido embeleco el mismo engaño;
Y tal que por cumplir sus intenciones,
Ni el suyo teme ni el ajeno daño,
Sin mas necesidad, ni otra codicia,
Que la insaciable sed de su malicia.

Bien que ahora le inclina á lo que hace
El ser de Francia el capitán valiente,
Que en el modo que puede satisface
De su nacion la enemistad presente;
Y aun esto mismo al conde le deshace
De su justa venganza el fuego ardiente,
Que hay quien diga que en Francia tiene estrella
España, y que él también morirá en ella.

Salió el astuto hipócrita al camino,
Y al desabrido conde en rostro humano,
Fingiéndose un abstinento peregrino,
Que besase le dió esclavina y mano :
Besó el noble francés, hombre divino,
En pecho humilde, y corazón cristiano;

Y él «¿á qué fin, en plaza tan pequeña,
Se arrastra, dijo, y junta tanta leña?»
«A fin de hacer hoguera, dijo el conde,
El almenaje infiel deste castillo,
Con cuantos en su estrecho albergue esconde,
Que un mundo entero no podrá impedirlo.»
Tan bravo está el francés, tal le responde,
Que de verle temió, tembló en oílo,
Mas reportado á sus embustes sale,
Que no hay Ulises que en fingirle iguale.

Procuró con razones diferentes
De humildes persuasiones mitigalla
Los pasados enojos y presentes,
Que podrán si se encienden abrasalle :
¡Oh lo que pueden rostros aparentes,
Un alma oculta en un fingido talle!
¡Y cuánto importa en la mayor caricia,
Que haya al tocarla puntas de malicia!

«Dejad, dijo, señor, vanos antojos
De abrasar sin por qué un pueblo cristiano,
Que es peligroso caso en los enojos
Vengarse el ofendido de su mano :
Es corto el ver de los humanos ojos,
Y la reportacion camino sano,
Y en ningún caso ó trance conveniente
Que pague ajena culpa el inocente.

Uno os tiene ofendido en esta casa,
Y otros sin culpa están de su delito,
Si es la razon quien los castigos tasa,
No es justo que este ahora sea infinito :
Bien sé, señor, lo que en nuestra alma pasa
Que del pecho es el rostro el sobrescrito;
Mas también sé que sois honrado y sabio,
Y á nadie como á tal haceis agravio.

De hombres sin culpa un áspera cadena
De aquesta torre está en un desvan ciego,
Mirad cuanto inocente, por la pena
Que uno merece, se tragará el fuego :
Otras trazas buscad, que esta no es buena,
Y lo que en esto os digo es mas que ruego;
Y á dios, que el cielo á daros este aviso
Traerme aquí desde mi celda quiso.»

Era el francés católico, y tenia
En pia veneracion los religiosos,
Y el bravo y noble corazón le hacia
No dudar en los casos mas dudosos :
Horrígila hizo en él por esta via
En Babilonia lances peligrosos,
Que es malo de entender un trato doble,
Y fácil de engañar al pecho noble.

Fuese Garilo, el paladín dudoso
Quedó en varios discursos repartido,
Cuando en un palafren de paso airoso
Una dueña también parió el ejido :
El día huyendo en vuelo perezoso,
El sol del horizonte dividido,
Y apuntando por una y otra mata
La llena luna de encendida plata.

Era la astuta dueña prevenida
Del torpe gusto de Garilo esclava,
Que del castillo la sacó instruida
Al encubierto engaño que trazaba :
Llegó al francés, y en pena y voz fingida
Haciendo falsas muestras que lloraba,
«¿Sabéis, dijo, señor, si á un peregrino
Está senda prestó feliz camino?»

Tiene á su devocion la llave y gente
Deste castillo, cárcel de mi gusto,
Y en una de las suyas al presente
Preso mi esposo está en tormento injusto,
Y en la mano del santo penitente
Mi bien, mi mal, mi gusto y mi disgusto :
¡Decidme, pues, señor, si acaso tengo
Modo de hallar al que buscando vengo?

«De aquí se apartó ahora, dijo el conde,

Mas pensarlo hallar será escusado,
Que entre el silencio no sabreis adonde
En sus viglias estará ocupado:
Mas mirad si sabéis cómo, ó por dónde
Yo pueda entrar á este lugar cerrado,
Que segun él me reveló de paso
Hará á nuestra importancia mucho al caso.»

«Entrar yo, dijo ella, es fácil cosa,
Que nunca se negó á mujer la entrada,
Mas la vuestra será dificultosa,
De mucho riesgo, y poco fruto en nada,
Que la gente de dentro es peligrosa,
A engaños y traiciones enseñada,
Y así será mas fácil á mi llanto
En busca proseguir del monge santo.

Yo á las espaldas del castillo amigo,
Si por desgracia ya no está cerrado,
Fácil entrada sé por un postigo
De una puerta sin llave ni candado,
Seguro y franco paso á un enemigo
De sabia prevencion y gente armado ;
Mas vos solo, y sin armas (¡ caso fuerte !)
Será ofrecernos ambos á la muerte.»

«Perded ese temor, respondió el conde,
Y dejadme el secreto paso abierto,
Que yo no os pido el cómo, mas por dónde
Hoy de dormir escuse en el desierto :
Y si á este riesgo alguno corresponde,
Y es siempre el fin de la fortuna incierto,
Sea el hacerme este favor de modo
Que corra mi persona el riesgo todo.»

«Señor, dijo la dueña, por mi gusto
Yo no os pusiera en semejante aprieto,
Mas pues ahora seguir el vuestro es justo,
Yo el cuidado os ofrezco, y el secreto,
Y aun prevenir vuestro ánimo robusto
De armas si hubiere en vuestra entrada efeto :
Ahora idos llegando con recato
Al postigo, y allí aguardarme un rato.

La obscura sombra de aquella alta torre
Paso os dará seguro que no os vea
La cuidadosa vela, y se nos borre
El concierto, y en daño de ambos sea :»
Dijo, y él con atentos pasos corre
Al fin de la venganza que desea,
Y en tanto que va á dar con el postigo
Ella se entró con su engañoso amigo.

Púsose al pié del carcomido muro,
La orden siguiendo de la falsa dueña,
Por juzgarse á la sombra mas seguro,
Y mas á mano de cualquiera seña :
Cuando de las ventanas por lo obscuro
Sobre él bajó una nube no pequeña
De tierra, piedra, palos, agua, horrura,
Sin que haya á su rigor parte segura.

El huye aquí y allí por no ser visto,
Ni creer que pueda ser caso pensado,
Y por mas que anda á todas partes listo,
Siempre un tiro le alcanza desmandado :
Jamás en otro igual rigor se ha visto,
Ni en tan penosas burlas agraviado,
Ya se arde en ira, ya de la venganza
Reportado le vuelve la esperanza.

Ya mil veces se vió determinado
De hacer todo el castillo una hoguera,
Y otras tantas humilde y reportado
La cólera volvió á enfrenar ligera :
Mas de Bootes ya que el carro helado
Lo alto ocupó de la esmaltada esfera,
La luna en medio el cielo, y las estrellas
Lloviendo sueño altísimas y bellas,

Al postigo llegó la falsa dueña,
De un fingido temor toda ocupada,
Y al conde que acudió á la sorda seña,
«Señor, la puerta, dijo, está cerrada:

Desgracia ha sido de ambos no pequeña,
La gente está sin duda recatada,
Las velas han doblado en el castillo,
Y asegurado el paso á este portillo :

Pero si todavía estais dispuesto
Al grave riesgo de la oculta entrada,
Cierta artificio de madera enhiesto,
Para al muro subir piedra labrada,
Desta alta torre está al remate puesto,
Yo echaré la maroma, y reforzada
Al torno daré vueltas por serviros,
Y así aventuraré á poder serviros.»

Libre el francés caudillo de sospecha
La falsa astucia llama aguda traza,
Y luego la engañosa dama le echa
La cuerda, y él al cuerpo se la enlaza ;
Y tan á gusto ya la burla hecha,
Gran fiesta, grita y alarido se alza,
Comenzando á servirle por el viento
En nueva risa y placentero acento.

Por pardas rejas de altos miradores
Clara copia salió de luminarias,
En manos de atrevidos salteadores,
De leyes, vidas y costumbres varias :
Con lanzas, dardos, flechas, pasadores,
Por partes diferentes y contrarias
Le pican, hieren, punzan, y sin tiento
Salva le hacen, y suben por el viento.

El sin culpa francés que así ofendido
De un ladron se halla por tan varios modos,
Y que en el aire ahora suspendido
De risa sirve y ocasion de apodos,
De enojo está y de rabia tan sentido,
Y los contrarios victoriosos todos,
La real persona, ya su riesgo puesta,
Con obras y palabras le hacen fiesta.

Llovida á un tiempo dan sobre él con una
Densa nube de lanzas enastadas,
Y aunque las menos le hallan su fortuna
Con duras carnes le valió encantadas :
Por muerto al blanco rayo de la luna
Unos le juzgan, y otros por domadas
Sus fuerzas, cuando por la cuerda arriba
Temieron todos que con alas iba.

Quedara el alto intento conseguido
A no ir los que le suben aflojando,
Mas Garilo sintiéndose perdido
La tirante maroma fue alargando,
Y con este remedio detenido,
El aprieta subiendo, ellos bajando,
Fijo en medio del aire parecia
Que fingia subir, y no subia.

Así en el río Cocito un avariento
Las manos dicen que anda levantadas
Por asirse de un árbol en el viento
Braceando en vanos golpes y palmadas :
Quiere dar pasto á su apetito hambriento
Con huecas frutas de hollin tiznadas,
Y nunca el vano intento se concluye,
Que si él la fruta sigue, ella le huye.

Así ligero sube el grave Orlando,
Y siendo ya imposible el detenello,
De golpe aflojan el subir, pensando
Despeñado una horrible pasta hacello :
Y así de la honda cava al limo blando
Bajo con la maroma por el cuello,
Que estuvo de agua inmunda y lodo lleno,
Que lo que el mundo no hizo hiciera cieno :

Mas fue sin riesgo la feliz caída,
Si bien quedó entre el lodo sepultado ;
Dióle el hallarse sin su arnés la vida,
Que en turbia lama se ahogara armado :
Y la varia fortuna condolida
De verle puesto en tan humilde estado
Volvió pronta á sus ruegos los oídos,

Que es gran levantadora de caídos.

De allí el castillo á la profunda cava
De ancha canal desagüadero hacia,
Que el patio y las cocinas desagüaba,
Y de aseo y reparo las servía,
Por donde puerta halló el señor de brava
Cuando menos recelos dél había,
Y todos sin temor de lo pasado
Ya por muerto le tienen, ya enterrado.

El rosicler de Venus, que en el cielo
Extremo es de ambas luces, daba vida
A las pintadas flores con el yelo
Que en cuajados aljófares llovia,
Restituyendo al soñoliento suelo
El robado-color que antes tenía,
Cuando el francés fue á dar por la pecina,
Al sótano y desvan de una cocina,

Lloviendo agua grasienta y negro cieno,
De turbias heces y de hollín tiznado,
Cual se viera de algún horrible seno
Del infierno salir desfigurado:
Mas luego que la luz y aire sereno
El lugar le mostraron deseado,
En su alegre venganza divertido
Los pasados trabajos dió al olvido.

Y en diestro paso y reforzado aliento,
Y al hombro en vez de espada media entena,
De sala en sala, y cuadra en cuadra, á tiento
A una llegó de salteadores llena,
Que allí dormidos los dejó el contento
Del vino, el juego, y la pasada cena,
Al golpe puestos que traía ligero
De sus perversos días el postrero.

La mitad despertó en día aciago,
Y los demás tragó el eterno sueño:
Los que despiertos miran el estrago
Del grueso pino, y su tiznado dueño,
Que sea el barquero del Estigio lago
Piensan, que á golpes mata con su leño,
O el Orco obscuro, cobrador terrible
Del triste censo de la muerte horrible.

Asordan roncros gritos el castillo,
Huye el de mas valor acobardado,
Deja medroso el catalán caudillo
Frio de su dueña ya el caliente lado:
Y el presto conde, de un voraz cuchillo
El diestro vengativo brazo armado,
Tras las memorias de su agravio corre
Cruel de sala en sala y torre en torre.

Bien como el yerto jabalí celoso,
Vengador de las sañas de Diana,
Con los blancos colmillos, y el cerdoso
Lomo, y los ojos de color de grana,
Siguiendo corre el escuadron medroso
De la florida juventud greciana,
Enturbiando los médanos de arena
Al claro Achéloo en su ribera amena.

A tres doblados seis quitó la vida,
Y otros tantos colgó por las almenas,
Garilo huyó, huyó la fementida
Dueña con otras seis de engaños llenas;
Que ningún caballero fue homicida
De mujeres jamás, malas ni buenas,
Que es frágil gente, y todos sus errores,
O son por ignorancia, ó por amores.

En esto á toda rienda por el llano
Vió el conde á su enemigo en Brilladoro:
«Todo el trabajo me ha salido en vano,
Dijo, si libre se me va este moro,
Pues mi venganza pierdo, y mi lozano
Caballo de espumante freno de oro:
Quédese todo así, quiero seguillo,
Que en mas tengo el caballo que el castillo.»

En una sala de su arnés preciado
Las ricas piezas vió de oro gravadas,

Y aprisa dellas como pudo armado
Contando va á Garilo las pisadas:
El como rayo huye acelerado,
Metiendo hierro al bayo en las ijadas,
Que es gran ginete el miedo, y su congoja
Un Roldán le figura en cada hoja.

Así dos partes de las tres del día
Fue el uno huyendo, el otro dando caza,
Cuando este en una selva se escondía,
Aquel entraba en la escombrada plaza:
Al armado Orion se parecía,
Que al centauro persigue y amenaza,
Y tras él corre con dorada lanza,
El cielo vuela, y él jamás le alcanza.

Ya el día descolgaban al Poniente
Las dos balanzas del zenit del cielo,
Cuando de oro un alcázar puesto enfrente
Al medroso Garilo dió consuelo,
Cien torres de cristal resplandeciente
Clara luz dan en torno al rico suelo
De un monte, cuyas cumbres de esmeralda
En rubias llamas de oro hacen que arda.

De lustroso carmin rojas almenas
Con hermosos perfiles de oro ufanas,
De claros visos cristalinos llenas
Las anchas claraboyas y ventanas,
Que bullidas del sol tocar apenas
La vista dejan sus vislumbres vanas,
Haciendo junto un sin igual tesoro
El oro del castillo, y montes de oro.

Fingida tez de hueco encantamento
El catalán juzgó el oro que via,
Y pincel de dormido pensamiento
El sabio conde que tras él venia:
Y corriendo ambos mas que el suelto viento,
Cuanto mas se acercaban, mas huía
El vano lustre de la rubia masa,
Y se humillaba la soberbia casa.

Así de oro celajes encrespados,
Si el rubio sol se cuelga al Occidente,
En roja sangre suelen dar manchados
Los vivos de su luz resplandeciente;
Y al irse el día menos enriscados
Vuelto en ceniza el rosicler ardiente,
Se hacen de sus puntas mas gallardas
Obscuras teces de unas nubes pardas.

Tal el fingido alcázar, que de fuera
Un dorado teatro componía,
Con tanta torre, y tanta vidriera,
Tanto chapitel de oro y pedrería,
Llegando al pié una choza frágil era
De seca paja, que oro parecía;
Las torres y homenaje eran de sueño,
Que es gran pintor de un ademan su dueño.

El sagaz catalán que allí ha salido
De su imaginación vana burlado,
Y antes á guarecerse había corrido
Al rubio alcázar de aire fabricado,
El caballo dejó, por quien seguido
Con tal tesón se vió, y con tal cuidado,
Y en la chozuela, si hay lugar á donde,
Se entró á esconder del ofendido conde.

Lo que antes montes de oro parecía,
Humildes valles eran de aire llenos,
Que un vistoso celaje les fingía
Los ricos chapiteles por sus senos;
Y de torres de viento componía
Las que campeaban mas, y las que menos,
El dueño de la casa en traje extraño
Un alquimista que es el mismo engaño.

Vestido de contrarios tornasoles,
Entre aguas y alambiques diferentes,
Humos, cenizas, sal, baños, crisoles
Magistrales de ley, pastas ardientes,
Gretas, hornos, cendradas, alcoholes,

Tintas, barnices, lustres aparentes,
Un camaleón por armas, que en el viento
Es uno solo, y se transforma en ciento.

Es su oficio infundir quintas esencias,
Dar nueva forma y hábito á las cosas,
Gastar hacienda y tiempo en esperiencias,
Sin provecho las mas, todas costosas;
Fingir quimeras, inventar sapiencias,
Cifrar secretos, disfrazarles glosas,
Y al no afijar Mercurio con la luna
Dar sin razón querellas de fortuna.

Este es Arnaldo, que en la Flandria conde
Nació, y ya sin estado y patrimonio,
Por hacerse otros Midas vino á donde
Dió en su pobreza al mundo testimonio,
Que siempre á la codicia corresponde
Miseria eterna, ó pactos del demonio,
Y los deseos del oro, y del infierno,
Mas cerca están que el frío, y el invierno.

Y así no atento ya á seguir el curso

A las humanas cosas necesario,
Ni de la alquimia el natural concurso
Por el camino y término ordinario,
A la superstición volvió el recurso,
Pasó á ser nigromante de herbolario,
Y con una sortija abría el profundo,
La tierra hacia temblar, y arderse el mundo.

Cuando la bella Angélica á Meioro
Desde Francia llevó á la rica China,
Gastó en el largo viaje gran tesoro,
Que es reina amante, y con su amor camina;
Y entre otras la sortija ilustre de oro,
Que á un hombre esconde en sombra peregrina,
A un pescador de Cádiz la dió un día,
Porque les dé su barco, y sea su guía.

Dióla en rica señal para obligalle
Con ella, porque un ánimo excelente
Solo su gusto estima, y por compralle



Diera Angélica el reino del Oriente:
Mas fortuna tomando el gobernalle,
Al salir contra el viento y la corriente
Por la barra del puerto, en un bajío
La quilla desfondó, y rompió el navío.

Salieron derramados por la playa
Marineros á un tiempo y navegantes,
El perdido patron huyó á Vizcaya,
Y el anillo llevó de los amantes:

Deudas le desterraron, y en la raya
De Francia, entre gascones caminantes,
Las gentes de una escuadra forajida
La joya le quitaron, y la vida.

De allí de mano en mano el rico anillo
A dar á las de Arnaldo fue encubierto,
Cuya humilde chozuela era el castillo,
Y puerto á los ladrones de aquei puerto:
Conoció su valor, supo encubrillo,